

1° DE MAYO

**¡AFIRMAMOS LA
RUPTURA PROLETARIA!**



**¡NO QUEREMOS AUSTERIDAD NI MIGAJAS: LO QUEREMOS TODO!
CONTRA EL AISLAMIENTO, LA DOMESTICACIÓN Y EL CIUDADANISMO:
¡LUCHA ORGANIZADA SIN INTERMEDIARIOS SINDICALES NI POLÍTICOS!
¡NINGÚN SACRIFICIO POR EL BIEN DE LA ECONOMÍA NACIONAL!
¡SI ESTÁ EN CRISIS, QUE REVIENTE!
¡CONTRA EL TERRORISMO PATRONAL Y ESTATAL:
AUTODEFENSA Y VIOLENCIA PROLETARIA!
¡A LA HUELGA GENERAL Y SALVAJE!
¡CONTRA LAS GUERRAS IMPERIALISTAS DEL CAPITAL:
A PROPAGAR LA REVUELTA PROLETARIA MUNDIAL!**

Los diversos posicionamientos que compilamos en este dossier, son contribuciones realizadas por proletarixs en diversas partes del globo.

Alentamos la lectura de este material así como toda iniciativa de difusión, pero sobre todo, la discusión y el debate del mismo.

Contenido

- **Presentación**
- **1° de mayo: más de 100 años después**
- **1° de mayo: ¡contra los festejos burgueses, retomemos el combate de clase!...**
- **Contra el capital; acción directa fuera y contra los sindicatos**
- **El trabajo no dignifica**
- **Lucha contra el trabajo**
- **Gloriosa labor sindicalista**
- **¿Se puede acabar con el paro?**
- **¿Nación o clase?**
- **¡Viva la revolución social!**
- **Notas al vuelo**
- **Gráficas de Agitación**

Recordamos este día; **no** como un día donde nos dicen que hay algo que celebrar: “el trabajo”.

Recordamos este día como lo fue desde sus inicios: **un día de lucha y agitación contra la explotación, un día de refriegas callejeras, de sabotajes, tomas y propaganda.**

Hoy después de tantos años de olvido y de grandes intentos de los sindicatos y gobiernos por implantarnos la “celebración al trabajo”, es necesario retomar las banderas que le dieron sentido a esta fecha: el **cuestionamiento a este mundo de miseria y muerte**, llevando a cabo acciones que demuestren nuestra autonomía y fuerza como clase en lucha contra nuestra explotación y dominación.

Es por eso que hacemos este llamado: al abandono de las embotadas celebraciones, las procesiones sin sentido y las fiestas dirigidas por nuestros enemigos. Exhortando a la acción autónoma por fuera del borreguismo y la fiesta, que sólo perpetúan nuestra condición de esclavos asalariados.

**¡Hoy 1° de Mayo no tenemos nada que celebrar!
¡Hoy (como siempre) es un día más para LUCHAR!**



¡El goce no existe bajo el capitalismo!...

Las ilusiones de plenitud
que nos ofrece sólo nos
llevan a fabricar nuestros
propios infiernos.





1 DE MAYO; MÁS DE 100 AÑOS DESPUÉS

En los albores de la revolución industrial (es decir no hace mucho tiempo atrás), entusiasmados por el desarrollo tecnológico y las oportunidades que este ofrecía al modo de producción que se gestaba a la par, la burguesía cometió el “afortunado” error de concentrar a toda la fuerza de trabajo en un mismo espacio: la fábrica. Esta decisión estratégica, orientada por la ética de la acumulación capitalista y organizada políticamente por medio del Estado, no tardaría más que unas pocas décadas en producir el efecto completamente opuesto, es decir, *dar lugar* al desarrollo de la conciencia de la clase explotada por ese modo de producción.

Aunque el proletariado en tanto clase no nació en ese momento, si podemos decir que ahí tomó cuerpo y se volvió consciente. Lxs obrerxs, que en su mayoría venían del campo, se tenían que encontrar forzosamente todos los días en esas catedrales de la producción y trabajar en condiciones miserables durante jornadas ridículamente extensas solo para volver a casas donde vivían incluso más hacinados y comer lo que se pudiera (en la escuela a eso lo llaman la “cuestión social”). En su tiempo libre, algunos tenían la suerte de poder comprar una que otra mercancía que hiciera la vida más llevadera. Un canto popular de la época denunciaba “pusiste nuestras casas, al lado de tus fábricas, y nos vendes lo que nosotros mismos producimos”. Una síntesis bien acertada del proyecto con que la economía política revolucionó al mundo.

Hacia 1886, este grupo humano que se había reconocido a sí mismo no solo como una clase más si no que como *la clase* (desposeída de medios para producir la vida y explotada por otra clase que si los poseía), ya estaba lo suficientemente organizado como para oponerse físicamente al flujo continuo de las mercancías que el Capital/Estado produce y acu-

mula para sí mismo. Las huelgas eran masivas y generales, buscaban subvertir y destruir por completo la estructura social y económica que mantenía la sociedad dividida en clases. La burguesía se encontró entre la espada y la pared y, ante el eventual escenario de perder su hegemonía, no le quedó otra que transar (¡es ahí justamente cuando nace la Social Democracia!).

No es casualidad que nuestra época haya olvidado que tuvieron que morir miles de personas y tuvieron que ser fusilados –legalmente– los *Mártires de Chicago* para que hoy algunos puedan tener una jornada laboral de 8 horas. La historia, para la burguesía, se trata justamente de ocultar esos eventos e integrarlos como iniciativas de la clase dirigente (ahí de nuevo la Social Democracia de los llamados “Partidos Comunistas”, el Sindicalismo y demás agentes mediadores tuvo un rol esencial).

La revuelta mundial por la emancipación política, económica, social y espiritual de la humanidad que inició el proletariado hacia la segunda mitad del siglo XIX fue contenida con gran astucia por el Estado y el Capital. Por medio de una serie de operaciones cuidadosamente informadas y calculadas por las ciencias sociales, naturales y físicas (sociología, economía, derecho, química, biología, geografía, psicología, pedagogía, criminología, urbanismo, estudios culturales, teoría de las subculturas, marxismos de manual, posmodernismo, etc., etc.), **la clase dirigente se propuso contener la insurrección que ella misma había creado.** El reto consistía en poner en orden los medios de producción que habían explotado de manera descontrolada. Aunque el negocio era rentable en su momento, era imposible consolidarlo si la mano de obra misma estaba parando las máquinas (los Ludditas fueron más allá y reaccionaron prendiendo fuego a todo aquello que significara someter y reducir su vínculo con lo que producían, alienarlos). En otras palabras, el objetivo era desintegrar el vínculo social que mantenía a los explotados unidos.

La división social del trabajo progresó violenta y vertiginosamente durante esos años que siguieron. El fordismo, el taylorismo y el urbanismo (todas formas científicas de la ideología dominante) son algunas de las prácticas que impulsaron esa arremetida de la burguesía contra la comunidad humana. Las fábricas se automatizaron y volvieron prescindibles a los humanos; **el trabajo se volvió una ciencia que buscaba controlar casi religiosamente el tiempo; la ciudad se transformó en una máquina más, con cada parte cuidadosamente diseñada para garantizar el desencuentro entre sus habitantes.**

Hoy, más de 100 años después y no sin varios intentos de asalto a la cultura dominante por parte del proletariado (1917, 1936, 1968), es necesario reconocer que el proyecto de desintegración social rindió frutos. Aunque las condiciones no han cambiado en lo sustancial (trabajo alienado, viviendas hacinadas, etc.), **pareciera que la miseria material que organiza el capitalismo hubiera quedado *confortable-***

mente adormecida por la miseria espiritual de la vida cotidiana moderna. Y bajo estas densas capas de ideología la relación social que estructura nuestra sociedad (es decir, que la mayoría vende su fuerza de trabajo a unos pocos que acumulan los productos de ese trabajo), **sigue siendo la misma.**

Pero el proletariado ya no se reconoce como clase más que por medio de escasos núcleos de resistencia esparcidos en distintos frentes. El capitán, mientras mueve el timón como él quiere y a donde quiere, sigue preguntando a los marineros que reman desorientados y cansados si *“no estamos todos en el mismo bote”*. Esa es la prerrogativa de la clase dominante para seguir conduciéndonos al abismo.

Hoy, al igual que hace 150 años, fábricas más fábricas menos, **el espacio donde transcurre nuestra vida cotidiana, económicamente administrado por el Capital, socialmente dominado por la burguesía y políticamente gobernado por el Estado, tiene una sola función: garantizar la reproducción de la fuerza de trabajo de tal manera que las relaciones de producción se conserven al mismo tiempo que impidan cualquier posibilidad de reconocer en el otro alguien igualmente explotado.**

He ahí la verdadera cara, por un lado, del progresivismo social, la “cultura verde”, el desarrollo sustentable, la pirotecnia de la industria cultural, la idealización de lo artesanal y local, etc.; crear estilos de vida que mantengan a lxs trabajadorxs sanos, entretenidos y aparentemente liberados (legalización de la marihuana, matrimonio gay, etc.). Y por otro lado, de la flexibilidad laboral, el derecho laboral, los partidos (anti)comunistas, los sindicatos/mafias, y todo el aparataje político reformista que contiene el impulso revolucionario; **evitar que se desarrolle cualquier forma autónoma del proletariado como clase bajo la excusa de que no pueden haber “revoluciones prematuras”**. Frente a ese maniqueísmo reaccionario, Rosa Luxemburgo opuso 100 años atrás un sentido común dialéctico y revolucionario, denunciando que la oposición a una actuación “prematura” del proletariado, **“la propuesta revisionista de abandonar el fin último del movimiento socialista, no es más que una recomendación a abandonar el movimiento socialista mismo”**.

Hoy, al igual que en 1886, la sociedad se estructura en clases y progresa mediante la explotación del ser humano sobre otros humanos y el planeta entero.

Hoy, al igual que en 1886, la consigna del proletariado debe ser la misma:

¡Revolución hasta el fin!

**Extraído de la publicación
ANTICAPITAL #1**

1° DE MAYO:

**CONTRA LOS FESTEJOS BURGUESES:
¡RETO MEMOS EL COMBATE DE CLASE!
¡¡CONTRA EL REFORMISMO Y
EL SINDICALISMO... AFIRMEMOS LA
RUPTURA PROLETARIA!!**

Mientras la burguesía sigue alardeando de su perfección democrática y mostrándonos su sistema de miseria como el último bastión posible de la humanidad; quienes durante todo este periodo histórico nos han dicho y enseñado que lo que debemos hacer frente a esta sociedad miserable es buscar mejoras dentro de ella persisten en la cantaleta de siempre. **Nos hablan de mejorar nuestra posición en su escala social, de buscar formas democráticas donde participar y “decidir”, de repartir las riquezas, de cubrir las grietas que los antagonismos de clase muestran evidentes, conservando en el fondo, todo aquello que permite mantener el funcionamiento de los engranajes del Capital;** sacrificar toda nuestra vida para garantizar la continuidad del orden existente. Se nos dice abiertamente que lo mejor a lo que podemos aspirar es a esto: un mundo en constante crisis sobre el cual debemos mantenernos en un nivel competitivo, de dominación, de incesante producción y destrucción, reclamando con sus llantos y discursos baratos que lo que nos hace falta a los proletarios son las oportunidades para poder insertarnos de manera efectiva dentro de este círculo desastroso. **Estas son las victorias a las cuales se invita al “pueblo” a defender, esa es la vida que los charlatanes de las ideologías que hablan en nombre de nuestra clase nos presentan como “digna”,** algunos reconociéndolo abiertamente, otros encubriéndolo bajo su discurso seudorevolucionario donde toda reforma son “pequeñas conquistas” que nos llevarán a la victoria final ¡como si estas mejoras fueran capital que se acumula para cimentar la construcción del ilusorio “poder popular”!

Y aunque se nos intente hacer creer lo contrario, son cada vez peores las condiciones sociales del mundo capitalista, cada vez más destructivas sus consecuencias. Tras siglos de reformas y mejoras sociales, de progreso y *conquistas* por parte de los defensores de la democracia, **es cada vez más amplio el sector que se encuentra enfrentado al desarrollo incontrolable de este progreso y a su cada vez más catastrófica destrucción de la vida y el planeta en general: la población que se**



ve enfrentada a la proletarización total del mundo y su consecuente devastación en el planeta se extiende por todas partes sin dejar respiro alguno.

El progreso del Capital requiere que sea el proletariado (¡y el planeta en su totalidad!) quien pague las consecuencias del modo de vida que sustenta. El desarrollo de la competencia capitalista llega tan lejos en su búsqueda de alimentar su sistema de miseria (búsqueda de combustible, minerales y mercancías en general) que cada vez son más paupérrimas las condiciones de quienes nos encontramos a merced del trabajo asalariado y las necesidades del mercado, siendo cada vez más destructiva para el planeta su imposición.

Aún nos sigan intentando calmar diciéndonos que se trata de una crisis específica y solucionable, o nos sigan engatusando con sus discursos acerca de ciertas potencias imperialistas que son culpables de todos los males habidos y por haber, la historia y el legado que nos han dejado los revolucionarios a lo largo de ésta, nos demuestran lo contrario: un sistema que basa la producción y por ende, la vida en general en torno a la tasa de ganancia, el lucro, la explotación, **no puede sino conducir al desastre**; la catástrofe del capitalismo que se extiende a ritmo cada vez más acelerado, el desastre de la sociedad burguesa y su incapacidad de resolver sus propias contradicciones, manifiestan de forma cada vez más clara la única respuesta posible, la que ha sido planteada desde sus albores: **revolución proletaria mundial o catástrofe; destrucción del Capital, el Estado y toda sociedad de clases o perecer.**

El desarrollo catastrófico de la dictadura del capital, del valor, viene a confirmar la fuerza motora que guarda el proletariado en su ser: **que al Capitalismo sólo queda oponerle su destrucción mediante la violencia de la comunidad humana, la revolución.** No hay forma de mejorar o humanizar la miseria bajo la vida del mundo burgués.

No existe forma alguna de gestionar mejor esta miseria, no existe forma de humanizar la explotación, la dominación, la violencia sistematizada que ejerce el capitalismo sobre el proletariado y el mundo entero. No existió ayer ni existirá nunca: **la historia nos ha demostrado que todas**

las supuestas “victorias” que nos invita a festejar la burguesía y la socialdemocracia, lo único que han logrado es acomodar esta realidad de explotación al punto de que por momentos casi no existe conciencia de ésta realidad; el único favor que le han hecho al proletariado estas reformas y la realidad difusa que producen es que **nuestra clase siga atrapada en la nebulosa del falso bienestar**; que siga celebrando su condición ante la idea de un pasado peor y perdiendo la propia conciencia de la realidad que nos oprime, obstaculizando la fuerza que va adquiriendo nuestra clase a medida que va superando estas ilusiones.

Usen la verborrea que usen, todas estos canturreos son sólo parte de una misma mierda. Sean conscientes o no de esto, su aporte es siempre el mismo: **canalizar las reivindicaciones de los explotados hacia falsos objetivos, encuadrarlos en falsas comunidades, ocultar su unidad como clase revolucionaria, negar su capacidad de mandar la sociedad burguesa por los aires y su capacidad de decidir sobre su propia vida social.**

Hoy, cuando el proletariado poco a poco comienza a levantar cabeza y la contradicción vital entre las necesidades del Capitalismo y las de los proletarios se agudizan de tal manera que ya pocos pueden hacerse los desentendidos, es necesario afrontar esta realidad y hacer más fuerte la ruptura contra estas formas de destruir la fuerza de nuestra clase.

Las luchas incesantes en Egipto y el Medio Oriente, las revueltas y el movimiento radical en Grecia y Chile, el movimiento real que está al margen de los *Indignados* y sus llantos democráticos e individualistas, los proletarios que en su actividad saben bien a quien atacar sin esperar excusa alguna, **nos dan muestra de que esta fuerza en potencia existe expresando su interés por reapropiarse del mundo que les corresponde, dejando en claro que el proletariado como movimiento de negación nunca murió**, pues sólo dejará de existir como clase con la total emancipación de la humanidad.

Lamentablemente estas luchas en ciernes también nos muestran cómo ante la falta de perspectivas y proyectualidad propios, ante la dificultad de reapropiarse de su propio programa, de autonomía de clase, persisten en el proletariado todavía muchísimas de las influencias del reformismo en el seno de sus luchas, perdiendo la fuerza de estas explosiones.

Todavía hoy pesan en nuestra clase los siglos de desviación y engaño por parte de la socialdemocracia: allí donde no cuelan las viejas ilusiones de que “toda la lucha de clases se resuelve en la toma o participación en el poder político, en el Estado, por parte de la élite a la cabeza del proletariado”, se desvía la fuerza de la ruptura de nuestra clase (ante el descrédito de los aparatos partidistas y politiqueros) presentándonos falsos dilemas a resolver. **Las revueltas más recientes nos lo demuestran: mientras la fuerza del capital se reorganiza ante estos ataques del proletariado alrededor del mundo, los proletarios nos hemos encon-**

trado desarmados y desorientados esforzándonos en poner a andar la maquina social, en querer autogestionar desde abajo un mundo que está hecho a medida de los de arriba. La fuerza del reformismo socialdemócrata es y ha sido encandilar al proletariado con cualquier cosa menos con lo principal: la insurrección, la revolución, la destrucción del poder burgués.

Son precisamente en momentos como éste, cuando oportunistas y reformistas de todo color se reproducen como las cucarachas que son, cuando debemos afirmar con mucha más fuerza la autonomía del proletariado y su proyecto histórico. Si la principal debilidad de todas estas luchas sigue siendo su falta de ruptura con la ideología democrática, con el reformismo de siempre, o con la idea de *crear espacios de autonomía al margen del capital*, la lucha nos demuestra que **es la organización de la ruptura, de la lucha y de la negación donde el proletariado encuentra su fuerza y orienta su dirección.**

Es frente a todo esto que el proletariado tiene el deber de afirmar su programa de siempre, invariante; su verdadero proyecto histórico de negación, de destrucción, única forma de rehacer la vida y nuestra relación con ésta para gestar una comunidad humana mundial.

**¡Nada que reformar, nada que “autogestionar”!
¡Lo único que podemos autogestionar es la destrucción total
del Capitalismo y la dictadura del Valor!**

Este 1° de Mayo reafirmemos nuestra unidad como clase, como explotados del mundo y apuntemos nuestros esfuerzos en una sola dirección:

**¡Revolución proletaria mundial!
¡Abolición del Capital y del Estado!
¡Comunismo y Anarquía!**

Proletarios Internacionalistas

**Desprecio e ironía, serán los resultados a los que el proletariado tendrá que atenerse si, gracias a las elecciones, peticiones u otras estúpidas tentativas similares, pretende imponer el respeto a su enemigo jurado. [...] ¡Qué finalmente la paciencia lo abandone!
¡El pueblo se enfrentará y aplastará a sus enemigos! La revolución proletaria, la guerra del pobre contra el rico, es el único camino que conduce de la opresión a la liberación.**

Johann Most



¡El progreso y desarrollo del capitalismo solo ofrece saqueo, miseria, enfermedad y muerte!

¡Luchemos por la violenta imposición de las necesidades humanas frente a la violenta imposición de las necesidades de la economía mercantil, destruyendo la misma economía mercantil, derribando el Estado, aboliendo la sociedad de clases!

¡COMUNISMO O BARBARIE!

U.H.P.



LUCHA POR TU CLASE

CRISIS PARO precariedad MISERIA

NO POR SU PAÍS

★ SOLIDARIDAD DE CLASE

*** proletarios internacionalistas ***



CONTRA EL CAPITAL ACCIÓN DIRECTA Y ORGANIZACIÓN FUERA Y EN CONTRA DEL SINDICATO

El deterioro cada vez más insoportable de las condiciones de vida de los proletarios avanza al ritmo frenético del proceso de producción y circulación mercantil. No hay ni un pedacito de planeta que escape a la lógica de la economía. Sangre, muerte, miseria, explotación, opresión, destrucción, alienación... esa es la base material de la que se alimenta el progreso, la civilización, el capitalismo.

Los incesantes y crueles latigazos que castigan nuestra maltrecha existencia en todos los ámbitos de nuestra "vida" son la expresión más cristalina de la esencia de esta sociedad. **La salud de la economía, de la empresa, está por encima de la vida humana.** La cuenta dineraria de los burgueses domina el mundo. Los esclavos asalariados deben sacrificarse para mantener en pie su propia esclavitud. La vida de la inmensa mayoría de la humanidad debe ser llevada más allá de cualquier límite para salvaguardar las arcas del capital, para evitar la bancarrota de este sistema moribundo. Los gobiernos de todo el mundo y de todos los colores, en tanto que representantes del mundo del dinero, aplican las mismas medidas terroristas que exige el capital por todos lados.

Frente a esto, los proletarios sólo tenemos, como siempre, dos alternativas: luchar o reventar. Organizarnos para defender nuestras necesidades frente a las de la economía capitalista, o agachar la cabeza y aceptar como corderitos los sacrificios que nos imponen y que nos coloca en el matadero mediante hambre, guerras, deterioro de salud, mediocridad cotidiana, destrucción del planeta...

Dejemos de engañarnos, dejemos la fe para los religiosos, no hay medias tintas. Las reformas, las diversas alternativas que nos ofrecen un capitalismo de rostro humano, con diferentes formas de producción y distribución, el gestionismo, el ciudadanía, el decrecimiento, la antiglobalización, el recambio en el gobierno, las negociaciones sindicales y todas las demás variantes que pretenden cambiar el mundo sin revolución, son maniobras

para enredarnos y destruir toda tentativa de lucha. Son mecanismos y aparatos para colarnos todo lo que quieran.

Si hoy los sindicatos nos llaman a un paro general, que osan llamar huelga, y hablan de “salir a la calle” es precisamente para sabotear nuestra lucha. Para encuadrarnos, para controlarnos, para mantener la paz social mediante simulacros de oposición. Para que las respuestas a los ataques contra nuestras condiciones de vida transcurran por los cauces legales de la democracia, lo que significa que todo siga igual o peor aún. Recordemos el pasado paro del 29 de septiembre de hace dos años que ejemplifica esa parodia que canaliza el descontento social.

No es ningún descubrimiento afirmar la imposibilidad de luchar bajo el corsé del sindicato, o del partido. Nuestra historia, la historia de la lucha de clases, nos enseña con terribles derrotas esta evidencia. Ignorarla permite reforzar los grilletes que nos mantiene sometidos a la dictadura democrática del capital. Allí donde acaban los aparatos del Estado y comienza la organización autónoma del proletariado para derribar al capital, comienza también la posibilidad de una vida humana. Asumir esta necesidad y estructurar nuestra lucha rompiendo toda separación sectorial, toda ideología, en tanto que falsa consciencia de la realidad, y todas las divisiones que nos imponen (parados/activos, temporales/fijos, autóctonos/inmigrantes, estudiantes/trabajadores...) es hoy tan indispensable como respirar en un entorno sin polución.

Desde luego no será con un paro sindical, ni con firmas y suplicas de buenos ciudadanos pidiendo clemencia a sus amos, ni con pacíficos paseos por las calles, ni nada por el estilo como podamos hacer frente al deterioro de nuestra miserable “vida”. Será, como siempre, **únicamente con la violencia organizada de nuestra clase tomando la calle, haciendo saltar por los aires a todo ese circo reformista, asumiendo de forma intransigente la lucha contra la dictadura de la economía para imponer las necesidades humanas, para defender la vida frente a la muerte**, será así como conseguiremos oponernos realmente a los ataques del capital y plantear la supresión de todas las condiciones existentes.

- **Impidamos la circulación de la mercancía. Cortemos las carreteras, las vías de tren...**
- **Bloqueemos la producción. Organicemos piquetes en fábricas, oficinas, colegios...**
- **Expropiemos la producción acumulada en supermercados, almacenes...**
- **Boicoteemos u ocupemos los medios de comunicaciones burgueses.**
- **Organicémonos para combatir la represión.**
- **Rechacemos todo sacrificio, toda defensa de la economía nacional.**

**CONTRA LA DICTADURA DEMOCRÁTICA DE LA ECONOMÍA...
...POR LA DICTADURA DE NUESTRAS NECESIDADES HUMANAS**

Proletarios Internacionalistas



EL TRABAJO NO DIGNIFICA

Mientras las mayorías festejan el «día del trabajador» o peor aún el «día del trabajo», algunos seguimos convencidos de la necesidad de librarnos de este. Es decir, de liberarnos de la forma que ha adquirido la actividad humana bajo el capitalismo. Esta forma, que no quiere ni podría garantizar las más mínimas necesidades, vuelve al hombre mercancía y lo obliga a relacionarse con el resto de las personas y las cosas a través de mercancías, persiguiendo no la satisfacción de las necesidades y deseos humanos, sino las necesidades del Capital.

No estamos diciendo nada nuevo. La crítica del trabajo, en actos como en palabras, es vieja como el trabajo mismo. Cuando expresamos todo esto, lo hacemos desde una visión global de la sociedad, porque son condiciones globales las que permiten este sistema de explotación, por más que cada uno lo experimente de manera particular con su patrón individual. Y esas condiciones globales son las de una sociedad separada en clases, en íntima relación con la propiedad privada y con un Estado guardián de las condiciones dominantes.

Es desde el Capital que se busca reforzar la idea de los hechos aislados sin aparente relación, y con ello la idea del individuo libre con posibilidades de ascender socialmente, haciéndonos trabajar más y más duro. Las respuestas más frecuentes a la crítica del trabajo parten, justamente, desde esas condiciones: «pero si yo trabajo sin patrón», «yo disfruto mi trabajo», «mi patrón es bueno y hace las cosas bien», «mi sindicato me defiende», «mi trabajo me permite ayudar a la gente», etc, etc.

La verdad es que se escapa del trabajo como de la peste, y pocos pueden ocultar la expresión de su cara a la salida del yugo. Excepto algunas excepciones donde la alienación social es tan fuerte que se prefiere el trabajo al resto de la poca vida que queda —situación también generada por este mundo basado en el trabajo— la realidad es la miseria en la que

vivimos la mayoría de los proletarios del mundo, empleados o no. Miseria material, pero también moral, afectiva, social. La realidad son las terribles condiciones de trabajo, las tareas sumamente alienantes, asquerosas y repetitivas que nos vemos obligados a realizar. La realidad es que no decidimos que producir, ni disponemos de lo que producimos. Sean gigantescas empresas públicas o privadas, o pequeños productores, siempre se trata de unidades de producción aisladas, unidas únicamente por el intercambio mercantil, basándose en la obtención de la mayor ganancia posible.

Como vemos, el trabajo tiene un lugar central en la sociedad capitalista. Es central para el Capital porque de él depende su desarrollo, a la vez que es central para el proletariado porque de él depende nuestra supervivencia. He aquí donde surge todo el dilema en torno al trabajo. El Capital hará todo lo posible por defenderlo y el proletariado se encuentra acorralado: lo que le permite a duras penas sobrevivir niega a la vez su plenitud, niega una verdadera actividad humana ligada a sus necesidades y las de los otros, niega la revolución, niega la comunidad humana.

La defensa más común del trabajo asalariado como la mejor forma alcanzada por el hombre de organizar la producción, es la exacerbación progresista de las «virtudes» del capitalismo moderno. Pero se oculta, por ignorancia o por conveniencia, que el supuesto bienestar de una porción de seres humanos existe a condición de que la gran mayoría no puede acceder ni a soñar con ese paraíso artificial que nos muestran como la meta de nuestras vidas. Países «desarrollados» que aún viven de sus colonias, tecnología de punta basada en el trabajo infantil y la muerte en el Congo, autos último modelo corriendo con combustible manchado con sangre, y otros preciosos ejemplos de la democracia occidental.

Mientras quieren convencernos de las virtudes del trabajo asalariado y que si trabajamos duro podremos disfrutarlas, parecieran olvidar las incesantes guerras, la contaminación, los accidentes laborales, los suicidios, los problemas psíquicos y físicos, la explotación infantil y un largo etcétera. Se dirá que todos estos son «detalles» a eliminar, sin embargo son parte constitutiva del mundo del trabajo asalariado, de su normalidad, y sin estos elementos no sería lo que es.

La defensa del trabajo no tiene fronteras ideológicas, sutil como el orgullo de ser trabajador o extrema como un campo de trabajo nazi o estalinista, se adapta, según sea más conveniente, a las necesidades de cada tiempo y lugar para mantener funcionando la maquinaria capitalista. «El corazón a Dios, las manos al trabajo» nos dirán los curas prometiendo salvación a cambio del sacrificio asalariado, «el trabajo dignifica» nos dirán los sindicalistas y políticos de izquierda a derecha apelando a la asquerosa moral burguesa. Que quienes viven de nuestro sudor sean los portavoces del Capital no nos sorprende, pero que en muchos casos sean los mismos proletarios quienes lo defienden es lo que nos demuestra la debilidad de nuestra clase. Por eso insistimos que toda lucha que no

busque criticar nuestro lugar como trabajadores contiene el peligro de defenderlo, siendo el sindicalismo uno de nuestros peores enemigos. Cuando nos dicen que nos atengamos a lo «que es posible conseguir ahora», que aceptemos «los acuerdos que logramos alcanzar», en realidad nos están diciendo que aceptemos la ideología dominante, que no vayamos a la raíz de nuestros problemas, que sigamos buscando parches.

En este sentido, desde los inicios de las luchas revolucionarias —que necesariamente debían llegar a posicionarse contra el trabajo asalariado— los políticos y sindicalistas se esforzaron por imponer a los proletarios más decididos el programa de las reformas, de canalizar las reivindicaciones obreras hacia las vías capitalistas, prometiendo una «revolución» basada en la suma de meras reformas y luchas parciales. Así, las instituciones siempre enemigas del proletariado comenzaron a ser «propias», surgiendo sindicatos denominados «clasistas» o «revolucionarios», gobiernos y estados «obreros» y demás trampas burguesas. Fracaso tras fracaso, cediendo cada vez más terreno, terminaron en vergonzosos politiqueros, apoyando crítica o acríticamente a los políticos y sindicatos más progresistas, implementando la receta democrática del mal menor. De una forma u otra, para explotadores y opresores, nunca es momento de enfrentar al trabajo, a los sindicatos, al Estado, a la propiedad privada... Luchando siempre contra los efectos, las reformas son meros paliativos que no curan la enfermedad capitalista ni llevan en su germen la cura de ninguna enfermedad.

Es necesario comprender entonces, que las consignas como «derecho al trabajo» o «pleno empleo» son reaccionarias y utópicas. Hay que comprender la exigencia de un empleo como la exigencia de la necesidad de alimentarnos, de vestirnos, de reproducirnos... pero reivindicar «trabajo para todos», en el seno del sistema capitalista, es hacer creer que eso es posible, es ilusionar con un absurdo y es negar el carácter catastrófico del capitalismo, su descontrol sobre el movimiento que él mismo engendra.

Por estas y tantas razones es necesario seguir afirmando la lucha contra el trabajo. Porque si el trabajo fuese algo bueno los ricos se lo hubiesen guardado para ellos y no pagarían para que lo hagamos.

¡Por una revolución que destruya el trabajo que nos reduce a simples mercancías!

¡Por el comunismo en anarquía, siempre!

Boletín La Oveja Negra ESPECIAL: 1° DE MAYO

MI CASA, MI COCHE, MI CURRO

... **¿Y MI VIDA?**

**¡¡SABOTAJE AL TRABAJO
Y LA MERCANCÍA!!**

LUCHA CONTRA EL TRABAJO

Desde tiempos inmemoriales, los explotados, los que fueron sometidos por la violencia al trabajo, se sublevaron contra él y contra todas sus condiciones de realización. Nadie en la historia trabajó porque quiso, sino porque fue obligado a palos, con religión, con sangre y con fuego, o/y fue separado violentamente de la propiedad de los medios de vida, y de los medios de producción de estos medios de vida (lo que en el fondo viene a ser lo mismo). Los esclavos, los siervos, los indígenas sometidos al incanato... o los proletarios modernos han luchado incansablemente contra el trabajo. Rebeliones, escapadas, insurrecciones parciales o generales, tuvieron como causas fundamentales estrechamente ligadas:

- Lucha por mejorar la calidad de sus medios de vida, por la apropiación de una parte menos miserable del producto social;
- Lucha contra los ritmos de trabajo, contra la intensidad del trabajo;
- Lucha contra la extensión de la jornada de trabajo y para su reducción;
- Lucha contra la explotación para constituir otro tipo de sociedad.

Todo se puede resumir a una lucha por vivir mejor o, simplemente, a una lucha por la vida humana, lucha contra esas sociedades que habían impuesto la tortura, el trabajo; lucha para trabajar lo menos posible (tanto en su extensión como en su intensidad); lucha por apropiarse de la mayor cantidad posible de producto social.

Con la formación y el desarrollo del proletariado y de su partido histórico, todas estas reivindicaciones no sólo no son abandonadas, sino que se desarrollan y se precisan. El comunismo, en tanto que movimiento del proletariado organizado, lucha por la reducción general del trabajo a su expresión mínima, tanto en intensidad como en extensión, y por la apropiación del producto social por parte del proletariado, pero declara abiertamente que estas reivindicaciones sólo pueden realizarse verdadera e integralmente con la dictadura revolucionaria del proletariado, que dirigirá el mundo contra los actuales criterios (dictadura contra el valor de cambio) y en función de las necesidades de la humanidad en formación. Contra todos los socialismos burgueses, que pretenden que el trabajo es inherente al ser humano y que conciben el socialismo como un simple proceso de distribución de bienes tomándolos de los «ricos» para repartirlos entre los «pobres», el comunismo levanta la necesidad de revolucionar no sólo la distribución (que en última instancia es una consecuencia indisolublemente unida a la producción), sino de destruir los fundamentos mismos del modo de producción, revolucionando fundamentalmente el objetivo de la producción, para que ésta no se decida en función de la tasa de ganancia, sino de hacer mejor la vida, para aliviar el

trabajo y para trabajar menos, lo que a la vez implica liquidar el dinero, el mercantilismo, el trabajo asalariado, creando así las bases para que el trabajo deje de serlo, al reintegrarse la actividad productiva en general a la vida misma del hombre.

El desarrollo del capitalismo es el desarrollo simultáneo y contradictorio de la burguesía y la contrarrevolución por un lado, y del proletariado y de su programa por el otro. La lucha contra el trabajo, por la apropiación del producto social, por la revolución, es generada por el Capital y genera al mismo tiempo el desarrollo y fortificación de la reacción.

Toda reducción del tiempo de trabajo es compensada con creces por los aumentos de la productividad del trabajo y por su mayor intensidad: de la manufactura a la fábrica y la adaptación de ésta a la producción en cadena... hasta los «nuevos métodos de administración del trabajo». Paralelamente y en perfecta correspondencia con ese proceso se van desarrollando los partidos socialdemócratas, los partidos del trabajo, del sindicalismo burgués, el laborismo y, más recientemente, el taylorismo, el estalinismo, el nacionalsocialismo, el populismo en todas sus formas y variantes (incluidos claro está, el peronismo, el castrismo...), es decir, el conjunto de fuerzas y partidos burgueses que, para encuadrar a los trabajadores y ponerlos a su servicio, toman como centro ideológico de las campañas la apología del trabajo.

Todo aquel que no tiene otra cosa de que vivir que de la venta de su fuerza de trabajo, siente que el trabajo lo realiza porque no hay más remedio, porque, a pesar de todos los discursos que le hacen, es la única forma que tiene de procurarse medios de vida, porque es la única forma que le queda de subsistir.

Se trabaja lo menos posible y si se puede no se trabaja. Cuando es posible se hace creer que se está trabajando y se intenta al menos vivir un poco (si a esa vida atrofiada puede llamársele «vida»), se demora en el baño, se fuma un cigarro, se descompone la máquina, se intenta comunicar con otro trabajador, se enlentece el ritmo, tratando siempre –y en contra de los hechos– de comportarse como humano y no como máquina, como si se pudiese recobrar la existencia humana, comunicándose con otro cuando el jefe no le ve, en las pausas del trabajo o, a escondidas, en el cuarto de baño. Si es posible se falta, uno se «enferma», le viene de golpe un agudo dolor de muelas, de cabeza o de espalda, que nadie puede verificar (no siempre es joda, a veces, por asco al trabajo, ¡uno termina enfermándose en serio!) y todo parece confirmar que son los lunes de mañana y los días en los que se vuelve de las vacaciones, en los que más se enferman los trabajadores.

El absentismo se sigue generalizando; en todas partes del mundo se denuncian a los saboteadores de la producción; respondiendo como se

pueda a todo tipo de invento para aumentar el ritmo de trabajo en toda fábrica y oficina, se han desarrollado miles de contrainventos para contrarrestarlos...

No ver en todos estos hechos, aparentemente inconexos, una lucha sórdida y oscura, de las dos clases antagónicas de la sociedad, sería vendarse los ojos; en cada uno de esos actos se contraponen la manutención de la esclavitud asalariada con la lucha contra el trabajo, por la sociedad comunista.

Estos son los hechos, indiscutibles, vivientes, que demuestran la putrefacción de una sociedad basada en el trabajo, y el odio que contra la misma se concentra en cada uno de sus esclavos asalariados... Como también es un hecho que cada vez más la «haraganería», la «pereza», que en el fondo no son más que tímidas resistencias humanas e instintivas contra el trabajo, son, cada vez más, consideradas como un delito, por no hablar ya de los campos de trabajo para «parásitos sociales» o de los «delincuentes peligrosos» que en Cuba es, por ejemplo, sinónimo de los que sabotean la producción.

Sin embargo, en la fase actual, en la que aún al proletariado le cuesta muchísimo desprenderse de la más profunda contrarrevolución que aún lo somete, estos hechos no son aun globalizados. Incluso, los mismos que hacen lo posible por trabajar lo menos posible, que viven trampeando a jefes y patronos y al Estado, no son capaces de comprender el alcance revolucionario de su propia acción, y no sólo en algunas circunstancias esos tipos no se pliegan a las reivindicaciones obreras y a la lucha, sino que incluso la consigna revolucionaria «contra el trabajo» les parece un sin sentido; y hasta para alabar a otro se les escapa el eslogan burgués «es un buen hombre», «es trabajador», «es un trabajador ejemplar»...

En la vida diaria, nos encontramos todos los días con esos ejemplos, en los cuales uno se agarra la cabeza y dice: «¡Parece mentira!». La acción contra el trabajo, aunque socialmente sea masiva, se hace solo o con un pequeño grupo, la conciencia de los trabajadores en general sigue atrofiada con la apología burguesa del trabajo, y los actores mismos de la lucha contra el trabajo, la condenan cuando se grita abiertamente que se pelea contra el trabajo. Pero a esa situación no le tememos. Al contrario es la situación de siempre en la que luchan los comunistas, contra la corriente, contra el pensamiento y la conciencia de las mayorías, pero por la acción y los intereses de éstas, buscando hacer consciente los métodos de lucha que surgen espontáneamente.

Lo más importante es, precisamente por ser subversivo, el poner en evidencia que **en esos actos aislados de sabotaje al trabajo que vivimos cotidianamente, se encierra la potencia revolucionaria que es necesario liberar para hacer volar en pedazos toda esta sociedad.** Por eso, hoy es imperioso, no sólo luchar por trabajar menos, sino gritar claramente: «Abajo el trabajo», «Viva la lucha contra el trabajo».

Los izquierdistas, humanistas y otros progresistas descubrieron en las condiciones miserables de vida de los obreros inmigrados, nueva materia para denunciar la injusticia que golpea esos «menos agraciados»: «¡Cuánto mejor sería el mundo si todos los obreros fuesen tratados como a los nacionales!», según ellos, «privilegiados». Hoy, en plena agudización de la crisis mundial, la «solidaridad» que esos señores proclaman sería la de repartir algunas de esas «conquistas sociales» que le dan credibilidad al capitalismo. Pero a esa idealización de las relaciones sociales capitalistas, se contraponen la terrible realidad: **todos los Estados venden y compran fuerza de trabajo, negocian la entrada y la salida, el permiso de estadía o las expulsiones, la persecución «contra los vagos» o la vista gorda frente al trabajo ilegal, en acuerdo a los intereses del desarrollo de la economía nacional, de las expansiones y restricciones violentas de la demanda de fuerza de trabajo, donde el obrero no es más que una mercancía más, que, como todas, puede ser exportada o importada.**

El caso de Nigeria, gran centro de acumulación capitalista con el petróleo como principal eje, es quizás el ejemplo que mejor muestra esta realidad cínica. Durante su ciclo expansivo el estado nigeriano se vio obligado a abrir sus fronteras a todo trabajador inmigrado para responder a la gran demanda de mano de obra. Se promovieron grandes campañas pro-inmigración, los obreros que escapaban, por diferentes razones, de otras regiones de África, eran «bien recibidos». Pero el comercio de carne humana cambia de fisonomía cuando los requerimientos de salvaguardar la economía nacional son otros, e, igual que se tira a los mares la carne para que no se desvalore la producción cárnica, en Nigeria se echa y persigue sanguinariamente a más de dos millones de proletarios inmigrados, se moviliza en nombre de la nacionalidad a una horda repugnante para que ataquen a esos sectores, y los desposeen de lo poco que les queda; ¡¡¡a veces una mísera valija!!! Miles de niños, mujeres y hombres son arrojados a machetazos, encerrados en campos, buques... en espera de que se encuentre «una solución». Y la caridad capitalista implora, llorisquea... cínicamente para ocultar que ésta es la realidad de las relaciones capitalistas en todo rincón del planeta.

A propósito de este comercio de cuerpos humanos productores de valores, las declaraciones del gobierno paquistaní son lo suficientemente elocuentes: «La inversión en capital humano es un producto comercializable, cuya rentabilidad es elevada; las exportaciones de recursos humanos, además del hecho de que alivian el mercado de trabajo nacional, proporcionan buenas perspectivas de ganancias en monedas extranjeras». Eso es totalmente cierto, los 150.000 paquistaníes que trabajan en Kuwait hacen repatriar millones de dólares. En previsión de desórdenes y huelgas (como la de la construcción, en 1978, en Kuwait, que fue-

ron reprimidas militarmente) y de tentativas de solidarizarse con los obreros «nacionales», es cada vez más, moneda corriente el hacer habitar a los obreros inmigrados en el mismo campo de trabajo, y enviarlos a «su» país, apenas termina el contrato.

¿Puede decirse acaso otra cosa de los 50.000 vietnamitas deportados a Siberia, donde se les paga abiertamente el 40% de su salario, pues el 60% restante es directamente embolsado por el Estado ruso (¡además de la plusvalía, claro está!), pues de esa forma –según declaran los promotores de ese comercio de carne humana– «se está amortiguando la deuda externa de Vietnam con Rusia»?!!! Lo mismo sucede con los 400.000 trabajadores vendidos por el Estado de China a la sociedad Italsat (empresa pública italiana), destinados a realizar trabajos de construcción en África, a cambio de los cuales la empresa no paga directamente a los trabajadores, sino que los salarios son enviados directamente al Estado chino, tal como fue convenido con el mismo, que a su vez pagará una parte de esos salarios a «sus» trabajadores.

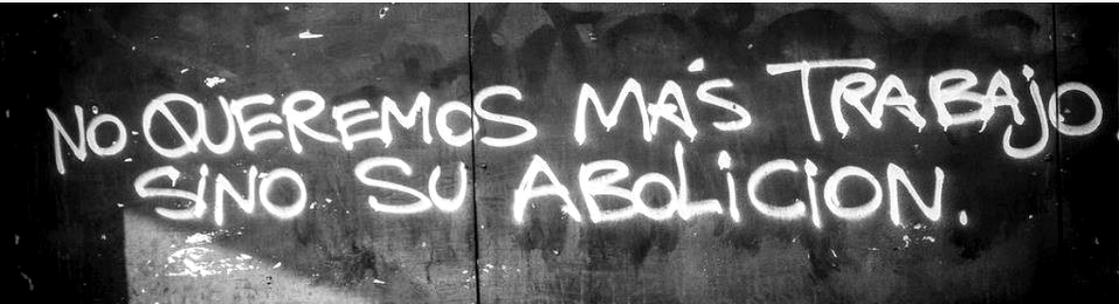
Los ejemplos podrían multiplicarse. En Asia, decenas de millones de chinos trabajan en todo el continente, los refugiados político-económicos del continente africano superan, según las Naciones Unidas, los cuatro millones. Estados Unidos es el ejemplo más evidente, mientras que en Argentina hay millones de trabajadores peruanos, bolivianos, uruguayos..., en Colombia centenas de miles venezolanos, en el cercano oriente trabajan centenas de miles de hindúes. En todos los casos, las condiciones de trabajo son infernales, los salarios bajísimos, los horarios interminables.

El sistema capitalista reproduce, desarrolla y generaliza el tráfico de ganado humano en todas las partes del globo. La norma del capitalismo no es la del «obrero modelo», ciudadano con «derecho al trabajo» y a un salario supuestamente «decente», sino muy al contrario (acompañando siempre las convulsiones cada vez más violentas inherentes al régimen del capital), la de las expulsiones permanentes del lugar donde se ha nacido, la adecuación brutal de la semivida del trabajador a la vida del capital valorizándose, los desplazamientos obligatorios de fuerzas de trabajo cada vez más masiva, las diferencias entre las condiciones de trabajo y de vida de las distintas capas del proletariado. Todas esas diferencias entre los salarios y las condiciones de la explotación salarial constituyen al mismo tiempo una realidad necesaria e inseparable de la explotación capitalista y todas aquellas fuerzas que intentan eliminar esas desigualdades sin eliminar su razón de ser (el asalariado, el capitalismo), contribuyen objetivamente a desarrollar la competencia entre las distintas capas de trabajadores y a obstaculizar toda solidaridad entre ellas. En efecto, no hay ninguna consigna que pueda ser más divisionista y contraria a la solidaridad obrera que la de pregonar ahí, donde los salarios y las condiciones de vida de los inmigrados son peores que la de los «nacionales», la lucha por la igualdad entre ambas capas («igualdad

de derechos entre nacionales e inmigrados») o la repartición de las pretendidas «conquistas sociales», pues fija como objetivo, algo que para la mayoría del proletariado es su miseria cotidiana, que no ataca al capital y por lo tanto, objetivamente, no puede interesarle a los proletarios «nacionales». En el fondo se está pidiendo una «solidaridad» con el capital para distribuir «equitativamente» la miseria que genera. Les guste o no a sus defensores, se está olvidando ni más ni menos que el proletariado se mueve y se unifica por sus propios intereses y contra el capital. Mientras que esas consignas tienden objetivamente a dejar aislados a los inmigrantes en una lucha sin salida, ni solidaridad; las luchas por los aumentos generales de salarios, por el mejoramiento generalizado de las condiciones de trabajo, son las que unifican y permiten combatir la competencia que se libran los obreros entre ellos y enfrentarse así unidos al capital.

En efecto, nada puede interesar más a todas las capas del proletariado, que no sacrificarse un carajo, que luchar por la mejora de sus condiciones de vida, por el aumento de salarios, para sí mismo y todas las capas de obreros, para lo cual no habrá más remedio que atacar la plusvalía y el Capital. Nada puede ser más unificador y centralizador, en oposición a aquellas consignas, que objetivamente no pueden interesar a la mayoría del proletariado, que ir estableciendo como objetivos parciales del avance de las luchas obreras (además, claro está, de la organización creciente, la solidaridad real entre todos los proletarios sin distinción de nacionalidad, raza...), los aumentos generales de salarios, la reducción del horario de trabajo, en todos lados, sin compensación en base al aumento de la intensidad, privilegiando, claro está, aquellas capas del proletariado cuyas condiciones son peores (en el caso que estamos tratando, los inmigrados). Es decir, incorporando las reivindicaciones específicas de los sectores más golpeados, junto a la totalidad, y haciéndolas asumir por la totalidad del proletariado. En este caso no hay contradicción ninguna, sino convergencia, pues no se trata de sacrificios de una parte del proletariado, sino por el contrario, afirmación de toda la clase, de los intereses de cada una de sus capas y de la totalidad contra el Capital.

**Extraído del texto *Contra el Trabajo*, publicado en la
revista *Comunismo* # 12
(Órgano del Grupo Comunista Internacionalista)**



NO QUEREMOS MÁS TRABAJO
SINO SU ABOLICION.

GLORIOSA LABOR SINDICALISTA

La garantía del desarrollo capitalista se apoya en el rol pacificador de los sindicatos. El sindicalismo busca mantener el miedo a ser despedidos, encerrándonos a cambio de una paga miserable, encuadrados en los intereses productivos de la burguesía. Participan ellos también del banquete: **organizan la explotación.** El sindicato es un instrumento al servicio del Estado y el Capital, sin el cual no podrían llevar adelante sus políticas económicas. Y los más demagógicos, los que posan sus papadas como combativas, acusan al tribunal de no “ampliar derechos”; lejos de atacar el principio del Estado, protestan solamente contra las limitaciones impuestas por el régimen “liberal” a la realización del democrático “derecho a huelga”. Una sociedad fundada en la explotación del trabajo ajeno solo puede lograr cohesión interna por medio de una mentira de pretensión universal como la igualdad de participación en la democracia. La burguesía no tiene ningún proyecto que proponer que pueda conseguir la adhesión de todos y asegurar la cohesión social: por eso se apoya fuertemente en la represión.

Los sindicatos, los empresarios y los políticos, deben defenderse, defender la democracia y el Estado, defender su ley y su jurisprudencia. Defender la democracia como si fuera un templo. Y sabemos lo que pasa en los templos: el ritual, la palabra sin sangre; la vida en paz. En la nación argentina lo peor que puede hacer alguien es luchar sin que intervenga el Estado. Porque en este templo donde se deja vivir en paz democrática, hablar en paz democrática, todo hecho y toda actitud contra el Estado es peor que un crimen. **La paz democrática... ¡Es una paz que te aplasta!**

No basta con consumir día a día nuestras vidas con trabajos peligrosos e insalubres, con ritmos que crisan los nervios, cosas que aprendemos en un día o en un mes y repetimos como bestias. No basta con que quememos en esos trabajos las mejores horas y los mejores años de nuestras vidas, horas que podríamos dedicar al amor y al descanso. No basta con que la juventud viva sin diversión y sin perspectivas. No basta con los aumentos de precios y los salarios bajos. No basta con viajar apretujados y humillados en colectivos mientras los perros asesinos del Estado suben y viajan tranquilamente... sin pagar.

En cientos de luchas que el Estado logró digerir con la represión y la recuperación combinadas, uno se ha vuelto a la casa o a la calle, a la cárcel o al trabajo, una vez más, derrotado. **Y sin embargo no lo pueden impedir: las huelgas se repiten porque, amparadas o no por un derecho, no surgen de la letra muerta de la ley, sino de la necesidad humana de destruir lo que nos somete a diario.**

PARA LUCHAR CONTRA EL CAPITALISMO ¡ HAY QUE LUCHAR TAMBIÉN FUERA Y EN CONTRA DEL SINDICALISMO !!



El sindicato es el mercader de tu fuerza de trabajo ante el burgués, el que pacta con él cuánto vales o cuánto no vales. Así, él recibe su compensación de la patronal, el respeto y solidaridad del gobierno; y de ti, tu ciega aceptación.

¿SE PUEDE ACABAR CON EL PARO? ¿SE PUEDE ACABAR CON EL CAPITAL!

El paro no viene caído del cielo, tampoco es consecuencia de la mala gestión de tal o cual gobierno ni mucho menos de la pereza o la incapacidad de los trabajadores para ser competitivos. Si en los tiempos que corren millones de proletarios pierden el trabajo, son arrojados a la indigencia o a las manos de la caridad de las instituciones sociales, no es una casualidad ni un error de ningún tipo: es la trágica consecuencia de un sistema de producción, el capitalista, en el que los obreros se cuentan como simples mercancías que venden su trabajo para la obtención de riqueza, de beneficio privado, por parte de quien puede comprarlo. Cuando los negocios marchan bien, las empresas florecen y parece que la prosperidad es la constante común en toda la época moderna los empresarios emplean a tantos proletarios como pueden, les compran su fuerza de trabajo, la emplean en la producción de mercancías y servicios varios y obtienen de la diferencia entre lo pagado y lo obtenido pingües beneficios: explotan entonces a los obreros y a cambio les permiten subsistir mal que bien. Cuando la época de bonanza toca a su fin, cuando la competencia salvaje entre las empresas reduce el nivel de beneficios, entonces la producción deja de ser rentable y conviene pararla: la mano de obra va a la calle y ya no se le garantiza ni la comida. El paro evidencia la condición del obrero en el mundo capitalista: una mercancía a utilizar cuando conviene y a destruir cuando sobra. Pero una mercancía que, a diferencia del resto, es la única capaz de producir riqueza, una mercancía que vive siente y padece y a la que, realmente, se debe todo lo que existe.

El paro evidencia también algo muy importante: si el proletariado es el gran perdedor en esta historia es porque no sólo se enfrenta al enemigo abierto, el que paga o no y firma la carta de despido: también le atacan desde el lado de quienes aparentemente están de su parte. Debemos reconocer a nuestros adversarios donde y como quiera que se presenten y entender que los proletarios formamos una sola clase, ya estemos parados o empleados, seamos inmigrantes o nativos. **A los proletarios sólo nos queda una salida y pasa por retomar el camino de la lucha de clases, abierta y sin ambages.**

Las formas de la dominación capitalista varían pero en esencia siguen siendo las mismas. El acceso de los trabajadores al consumo solo es una tapadera para dinamizar la economía y solapar las verdaderas condiciones de subsistencia a las que estamos sometidos. Entre el supuesto nivel

de vida (pagado a plazos) de los trabajadores en las sociedades occidentales y la miseria solo dista un pequeño paso.

La ideología como falsa conciencia de la realidad, escatima la necesidad del proletariado de destruir el sistema capitalista. Convirtiendo esa necesidad en un juego moral (entre buenos y malos) al que puedes o no jugar. La realidad es bien otra, el desarrollo del capitalismo solo ofrece dos salidas: comunismo o barbarie.

Históricamente, la teoría y práctica revolucionaria de nuestra clase **no se resume en una sola etiqueta, ni en una sola sigla**. El movimiento proletario ha estampado su impronta revolucionaria en diversas formas organizativas, y se ha reconocido a sí mismo denominándose **socialista, comunista o anarquista**. Nosotros nos reconocemos en todas esas denominaciones y prácticas, siempre y cuando hayan apostado coherentemente por la destrucción del Estado y el Capital, por el desarrollo de una política unitaria de la Clase para sí, contra toda falsificación ideológica y oponiendo al reformismo gradualista la práctica insurreccional y revolucionaria. Así pues **nos consideramos consecuentemente comunistas y anarquistas, cuando la práctica de ambos términos significa avanzar hacia una sociedad sin clases y sin Estado**.

**La crisis capitalista no tiene solución:
¡Que el proletariado salga de su crisis!
¡Por la vuelta a la lucha clasista!**

**¡MUERTE AL CAPITAL, SUS DEFENSORES
Y SUS FALSOS CRÍTICOS!**

Uníos Hermanos Proletarios U.H.P.

No tenemos oficinas, ni comités centrales, ni carnets de afiliación. Nos encontrarás en las luchas contra la especulación en nuestros barrios, contra los despidos, la precariedad y los cierres, por la solidaridad con nuestros hermanos de cualquier lugar del mundo, contra la miserabilización de nuestras condiciones de vida... nos encontraras en las luchas de nuestra Clase, como proletarios, internacionalistas y revolucionarios.



*Sin luz,
sin agua,
sin pan, sin
curro, sin
casa, despedido,
explotado, sin
vida, sin nada...
Perdamos el
miedo, tomemos
las calles*

**VIOLENCIA ES NO LLEGAR
A FIN DE MES**

¿NACIÓN O CLASE?

El día 11 vimos a Felip Puig, conseller de Interior de la Generalitat catalana, impulsor de una violenta represión contra las manifestaciones masivas del año pasado, urdidor de turbias provocaciones policiales contra los manifestantes, desfilando rodeado amistosamente de sus víctimas, jóvenes parados o precarios. Vimos a 9 de los 11 consellers de un gobierno, que ha sido pionero en aplicar crueles recortes en sanidad y educación, andar codo con codo con sus víctimas: los despreciados y maltratados maestros y estudiantes; las enfermeras o médicos que han perdido más del treinta por ciento de sus salarios, o los usuarios que tienen que pagar un euro cada vez que van a la consulta (tasa que no se aplica en el resto del Estado español).

Vimos a patronos, policías, curas, políticos, líderes sindicales, y otros vampiros, compartir calle con sus víctimas: parados, trabajadores, jubilados, emigrantes... Una atmósfera de UNIÓN NACIONAL presidió la concentración. El Capital se hizo acompañar por sus víctimas, convirtiéndolas en tontos útiles de sus objetivos egoístas, elitistas y nacionalistas.

¡El Capital!: ése sí que no tiene patria, y es internacional e internacionalista. Crisis, recortes y ataque a las condiciones de vida de los trabajadores desaparecen del panorama político y electoral catalán, engullidos por vacías y estúpidas discusiones entre el novísimo independentismo catalán y el rancio centralismo meseteño, impregnado hasta el tuétano del obsoleto ideario de la asignatura franquista de la FEN (Formación del Espíritu Nacional), que produce urticaria en la periferia de las Españas.

Es posible que una parte importante de los asistentes a la manifestación del 11 de septiembre no compartiera el objetivo de la independencia; quizás estuviera allí porque están hartos de recortes, de paro, de no tener ningún futuro. Pero, por arte de birlibirloque, magia tramposa de trilero y manipulación mediante, ese malestar contra el actual gobierno de la Generalidad ha sido canalizado a su favor. Les ha bastado con involucrarse en la senyera y dar consignas en defensa de la Patria catalana. La rabia de los trabajadores contra los recortes, contra la corrupción, contra la privatización de la escuela y sanidad públicas, contra las prácticas fascistas de la represión policial, han desaparecido como hace un mago con los ases de la baraja. Ya se sabe que para no caerse de la bicicleta, lo único que puede hacerse es seguir pedaleando cada vez más rápido. Y si además, enfrente, los catalanistas se encuentran con un gobierno centralista y centralizador, más rancio, inútil y autoritario que la fenecida Falange, llueve sobre mojado. El nacionalismo catalán multiplica su audiencia gracias al nacionalismo españolista, y ambos ganan en ese enfrentamiento ideológico, que desvía al proletariado (parado, precario, jubilado o aterrorizado trabajador) de sus problemas reales.

El gobierno de CIU se ha sacado el conejo independentista de la chistera y, con ello, ha conseguido transformar los recortes presupuestarios, la corrupción generalizada en EL ATAQUE GENERALIZADO CONTRA LAS CONDICIONES DE VIDA DE LA CLASE OBRERA, los despidos masivos, el paro con su desesperación (que conduce a muchos al suicidio), o el asalto privatizador contra la sanidad y enseñanza públicas, en la defensa de la NACIÓN catalana.

Futuros héroes y criminales de guerra de todas las patrias se alzan ya en un horizonte en el que se dibujan masacres como la del sitio de Sarajevo, el bombardeo de Belgrado o los cien mil muertos de la guerra serbocroata. Y, como en la extinta Yugoslavia, todo empieza en los medios de comunicación y en las teles de unos y otros.

La auténtica pregunta, la única cuestión real es: ¿Clase o nación? **Si el proletariado lucha bajo banderas que no son suyas, ya sea la coreana, la china, la francesa, la japonesa o la de El Corte Inglés, será derrotado, porque el nacionalismo, ya sea serbio, croata, escocés, flamenco, quebequés, europeo, o de “la Caixa,” es ajeno a sus necesidades e intereses, porque REFUERZA al Capital y a todas y cada una de sus fracciones.** Es posible que avive las contradicciones entre ellos, pero estas contradicciones se canalizan dentro de sus crisis, sus guerras, sus conflictos mafiosos, sus peleas de familia, banda o secta, es decir, pasan a formar parte del engranaje de barbarie y destrucción con el que el sistema capitalista atrapa a la humanidad.

La nación no es la comunidad de todos los nacidos en la misma tierra, sino la finca privada del conjunto de capitalistas a través de la cual organizan la explotación y la opresión de sus “amados conciudadanos”. No es ninguna casualidad que el lema de la manifestación haya sido que



“Cataluña tenga un Estado propio”. La nación, esa palabra “entrañable”, es inseparable de ese monstruo, nada entrañable, frío e impersonal, que es el Estado, con sus cárceles, sus tribunales, sus ejércitos, sus policías, su burocracia. Artur le está diciendo a Mariano: “en mi finca sólo robo yo”. ¡Que se vayan todos! Si nadie nos representa, sólo nosotros podemos decidir.

El señor Mas ha prometido un referéndum, no sabemos qué preguntará, pero lo que sí sabemos es lo que pretenden, tanto él como sus colegas españolistas: hacernos elegir entre tres opciones, a cual peor: ¿Quiere que los ajustes y recortes se los aplique el Estado español? ¿Quiere que les sean impuestos en el marco de la “construcción nacional de Cataluña”? o ¿Quiere que se los propinen conjuntamente el Estado español y el aspirante catalán? El Capital en España cuenta con varias patrias para imponer la misma miseria.

¿Qué es el Estado nacional? El nacionalismo no es el patrimonio exclusivo de la Derecha y la extrema derecha, es el terreno común que comparte el arco político que va desde la extrema derecha a la extrema izquierda y que incluye además a las llamadas “organizaciones sociales” (Patronal y Sindicatos).

El nacionalismo de derechas, atado a símbolos rancios y a una repente agresividad frente a lo extranjero (xenofobia), resulta poco convincente para la mayoría de trabajadores (salvo sectores muy atrasados). El nacionalismo de la Izquierda y los Sindicatos tiene más gancho, pues aparece como más “abierto” y más cercano a los asuntos cotidianos. Así, el discurso nacionalista de la izquierda nos propone una “salida nacional” a la crisis, para lo que piden una “distribución justa” de los sacrificios. Esto, aparte de que justifica los sacrificios con el señuelo de “hacer pagar a los ricos”, nos inculca la visión nacionalista, pues nos presenta una “comunidad nacional” de trabajadores y patronos, de explotadores y explotados, todos unidos por la “marca España”.

Otro de los discursos preferidos de la Izquierda y los Sindicatos es que “Rajoy impone los recortes porque no defiende España y es un criado de Merkel”. El mensaje que se desprende es que la lucha contra los recortes sería un movimiento nacional contra la opresión alemana, y no como lo que es: un movimiento por nuestras necesidades humanas contra la explotación capitalista. Además, Rajoy es tan españolista como lo fue Zapatero, o como lo sería un hipotético gobierno de Cayo Lara. Ellos defienden España imponiendo sangre, sudor y lágrimas a los trabajadores y a la gran mayoría de la población.

Las movilizaciones sindicales del 15 de septiembre han sido convocadas porque “quieren hundir el país”, lo que significa que los trabajadores debemos luchar no por nuestros intereses, sino para “salvar el país”. Esto nos coloca en el terreno del Capital, el mismo que Rajoy, quien pretende salvar España a costa del sangriento sacrificio de los trabajadores en el altar de la austeridad.

Los grupos que se han quedado con “la marca 15 M” defienden cosas “más radicales”, pero no menos nacionalistas. Dicen que hemos de luchar por la “soberanía alimentaria”, lo que quiere decir que hemos de producir español y consumir español. Del mismo modo, hablan de hacer “auditorias a la deuda”, para rechazar aquellas deudas que “se habrían impuesto ilegítimamente a España”.

Una vez más, educación nacionalista pura y dura. Izquierda, Sindicatos/Estado UGT/CCOO, y los restos pútridos del 15 M realizan una metódica labor de “formación del espíritu nacional”. En tiempos de Franco la asignatura de Formación del Espíritu Nacional era obligatoria, hoy desde todas las tribunas nos la imparten democráticamente, haciéndonosla tragar lo queramos o no.

La matraca nacionalista tiene como fin enfrentar unos trabajadores contra otros. A los trabajadores alemanes, que están sufriendo sueldos de 400 € y pensiones de 800 €, se les dice que los sacrificios son culpa de los trabajadores de Europa del Sur: “unos vagos que han vivido por encima de sus posibilidades”. Pero a los trabajadores de Grecia se les dice que su miseria es causada “por el mantenimiento de los privilegios y lujos de los trabajadores alemanes”. En París les dicen que es mejor que haya despidos en las sucursales de Madrid, para no imponerlos en Francia. Como se ve, nos atan con un nudo gordiano de mentiras que hay que romper, comprendiendo que la crisis es mundial, **el desempleo es mundial, los recortes se dan en todos los países**. Pero el planteamiento nacional con el que nos machacan provoca que solo veamos los setecientos mil parados de Cataluña, o a lo sumo los cinco millones en España, en lugar de ver los más de 200 millones en el mundo. Que solo veamos los recortes en Cataluña y en España y no veamos los dos enormes paquetes de recortes que se ha impuesto, por ejemplo, a los trabajadores “privilegiados” de Holanda. Que solo veamos “nuestra miseria” y no la miseria mundial. Cuando todo se ve según la estrecha, mezquina y excluyente óptica nacional, se tiene la mente preparada para creer en cuentos de la lechera como el que propaga el presidente Mas de “si pagaran los 10.000 millones que se deben a Cataluña no haría falta hacer recortes”, versión regional del “si España no estuviera tan atornillada por Alemania habría dinero para sanidad y educación”.

Todos mienten, porque nadie tiene solución a la actual crisis de un capitalismo que hoy ha entrado en su fase terminal, que es obsoleto, y que sólo puede ofrecer miseria y barbarie.

A la comunidad nacional los trabajadores sólo pueden oponer la comunidad de lucha mundial de todos los proletarios contra la barbarie y la miseria capitalistas



**LA LUCHA DEL PROLETARIADO EN MÉXICO,
CHILE, GRECIA, TURQUÍA, FRANCIA
Y EN CADA RINCÓN DEL MUNDO;
ES TAMBIÉN NUESTRA LUCHA**

**¡ES LA GUERRA DE CLASES MUNDIAL
CONTRA LA DICTADURA DEL VALOR!**



¡A REVENTAR AL CAPITAL Y AL ESTADO!

**¡COMBATAMOS COMO UN SOLO PUÑO
PARA DEMOLER ESTE MUNDO
DE LA MERCANCÍA, LA DEMOCRACIA,
EL DINERO Y EL TRABAJO ASALARIADO!**

**¡A EXTENDER LA REVUELTA CONTRA
EL CEMENTERIO DE LA NORMALIDAD CIUDADANA!**

Amigos de Van der Lubbe

**LA ECONOMÍA NOS DESTROZA,
DESTROCEMOS LA ECONOMÍA**

1 DE MAYO

GUERRA AL CAPITAL Y AL ESTADO

COORDINADORA ANTICAPITALISTA coordinadoraanticapitalista.wordpress.com

**¡CONTRA EL CIUDADANISMO, EL NACIONALISMO
Y LA SOCIALDEMOCRACIA!**



Amigos de Van der Lubbe

**¡POR LA REANUDACIÓN DEL COMBATE DE CLASE
INTERNACIONAL E INTERNACIONALISTA!**

ANTITERRORISMO = DESARROLLO DEL TERROR EN CONTRA DE NUESTRAS LUCHAS



***¡El antiterrorismo es el monopolio de las armas en manos del Estado
contra nuestras luchas, contra nuestras vidas!***

***Someterse a las campañas antiterroristas es aceptar la disminución
brutal de los salarios y contribuye a la represión de nuestros
compañeros en todas partes.***

***Nuestra lucha es acá y ahora contra lo que nos transforma en esclavos
del trabajo, contra la penuria, el dinero, el capital.***

***¡EL ENEMIGO SE ENCUENTRA EN NUESTRO PROPIO PAÍS
ES NUESTRA PROPIA BURGUESÍA!***

***Se diga socialista o liberal, belicista o pacifista, contaminante o
biodegradable, del Sur o del Norte,... el Capital es siempre dictadura
del dinero, de la tasa de beneficio. Cumbres y anticumbres,
referéndums y elecciones, no son más que la puesta en escena de
diferentes fracciones burguesas que solo discuten de la salsa con que
nos quieren tragar.***

***¡Organicémonos mas allá de las fronteras, afuera y en contra de toda
estructura del Estado burgués!***

¡La única alternativa es LA REVOLUCIÓN MUNDIAL!

GCI

¿Que falta democracia?

¡No, rotundamente No!

¡La burguesía ya hizo todas las tareas democráticas que supuestamente debía hacer, y todas fueron **en contra de nuestra clase!**

¡No soportamos más capital ni democracia!

¡NEGACIÓN DE LO QUE NOS NIEGA!



Amigos de Van der Lubbe

¡DESTRUCCIÓN DE LO QUE NOS DESTRUYE!

¡VIVA LA REVOLUCIÓN SOCIAL!

Hablar de REVOLUCIÓN fuerte y claro para poner en común la necesidad de enfrentar a la burguesía con otros deseos, otras necesidades. Más allá del gusto por la pronunciación de una bonita palabra, nuestros compañeros siempre lo han hecho y lo siguen haciendo.

Hoy como ayer, no se trata de defender una misma idea de sociedad a la cual cada clase gestionaría de una manera distinta, pero al fin y al cabo manteniéndola configurada tal como está. Hoy como ayer, no se trata de dos ideologías enfrentadas en las que los seres humanos elegirían formar parte o no. Hoy como ayer, hay dos proyectos sociales antagonicos: el de aumentar las ganancias a cualquier precio y el que aspira a una comunidad humana sin Estados y sin precios.

Este antagonismo se expresó con mayor fortaleza en las luchas del pasado, y es debido a las grandes limitaciones del presente que tenemos que retomar con más fuerza que nunca la perspectiva revolucionaria: llamar a las cosas por su nombre en tiempos donde reina la mentira y la confusión.

Pronunciarnos hoy por la destrucción de la propiedad privada, del Estado, del valor, del Capital y del trabajo asalariado sigue siendo considerado por muchos como un acto de inmadurez, cuando no directamente un acto de locura. Los reformistas de ayer prometían esa revolución a futuro, intentando conducir las luchas hacia objetivos más moderados. ¡Y si lo habrán logrado, que hoy ya no queda ni un poco de claridad respecto al significado de esa palabra, o directamente ya no necesitan ni pronunciarla!

A pesar de todo, con consignas más o menos claras o incluso sin ellas, los enfrentamientos al Estado y a la propiedad privada se desarrollan por doquier. Y cuando parece que se han terminado, reaparecen de inmediato en otra parte del mundo. Así se desarrollan gran parte de las expresiones de lucha que se vienen dando en las últimas décadas, las cuales no necesariamente expresan a través de las palabras la necesidad y la búsqueda de una ruptura revolucionaria.

Entonces nuestra tarea es doble: **reapropiarnos de las luchas revolucionarias del pasado así como defender e impulsar las expresiones de ruptura revolucionaria del presente**, contra todas las canalizaciones burguesas y contra todos aquellos que las critican por no estar su contenido radical expresado en textos y consignas.

Las diferentes posiciones revolucionarias que se expresan tanto en este como en otros textos surgen de la lucha, y si son puestas en palabras es por necesidad de combatir al enemigo, para luchar contra la ideología burguesa, empezando por la socialdemocracia que históricamente quiere hacernos creer que somos estúpidos para así imponernos su estúpida idea de revolución. Según ellos, el proletariado solo podría luchar por reformas, siendo ellos los encargados de aportar la conciencia “revolu-

cionaria”. Así, nos invitan desde hace siglos a reformar este mundo, no sólo posponiendo la revolución, sino directamente negando su verdadero contenido. Los socialdemócratas de todo color nos intentan borrar el horizonte de la revolución social para conducirnos al callejón sin salida de las reformas. Lo decimos una vez más: las reformas no conducen a la revolución, y la revolución no puede comprenderse nunca como una infinita suma de reformas. No se trata de despojar al capitalismo de todos sus aspectos nocivos, no queremos un capitalismo inclusivo. **¡Necesitamos destruir todas las separaciones que el Capital ha impuesto sobre nosotros! ¡Necesitamos terminar con el capitalismo!**

Mientras no exista el nivel de desarrollo de la lucha necesario para ir a por todo, existirá el riesgo de la separación de la revolución del resto de las necesidades. La perspectiva revolucionaria ha dejado su lugar al inmediatismo, al localismo y al conformismo hasta en los compañeros más decididos.

Mientras tanto, debemos poder diferenciar el contenido de nuestras luchas, defender las rupturas revolucionarias que se expresan en ellas.

Toda lucha parte de una necesidad, y toda necesidad contiene su reivindicación y su reforma. Podemos atacar directamente los intereses burgueses, reapropiándonos de mercancías o imponiendo subas salariales que ataquen realmente la tasa de ganancia, podemos destruir sus máquinas y propiedades u ocuparlas y desviar totalmente su uso. Pero podemos también exigirle migajas al Estado, dejarnos cagar por el sindicato, o meternos hasta el cuello en un plan de vivienda en infinitas cuotas.

La revolución es justamente la generalización de todas las reivindicaciones buscando la raíz de nuestros problemas sin dejarnos seducir por los cantos de sirena del Capital.

«Entendemos que no se pueden separar las necesidades humanas inmediatas de la necesidad humana de revolución, o sea, si se separa lo que se necesita ahora (pan, techo) de lo que también se necesitaría ahora (destruir a los opresores y el Estado) es porque los políticos y los sindicalistas transforman nuestras reivindicaciones en reformas. En resumen, la Revolución Social por la que bregamos es la generalización de todas las luchas y reivindicaciones que llevamos a cabo los proletarios.» (A modo de presentación. Boletín El Forista nro. 1).

Por eso, cuando discutimos acerca de la organización y de la lucha del proletariado no podemos limitarnos nunca a una cuestión de forma organizativa, sino por sobre todo al contenido de las luchas. Para empezar, las formas clásicas de la socialdemocracia para encuadrar a los trabajadores no son reformistas por errores de sus miembros, es su propia naturaleza, es su razón de ser. Por eso estamos contra ellas.

A quien se sienta satisfecho con este sistema de opresión, explotación y muerte lo combatiremos. Y quien quiera reformar la democracia, “humanizar” el capitalismo, conformarse con el “mal menor” o mantener todo

igual porque «las cosas son así», la pregunta que nos hacemos —al menos por ahora— no será de ningún interés: **¿Qué sentido tiene usar las formas organizativas del enemigo cuando no se quiere lo mismo que él?** Entendemos que ninguno, porque esas formas organizativas emanan justamente del mundo del Estado y el Capital. Y por otra parte avisamos que no se trata tanto de querer o no querer, sino de lo que estamos determinados a hacer por lo que somos, porque **como proletarios no es simplemente nuestra conciencia lo que nos opone al Capital, sino nuestra misma existencia.** Porque mayor ganancia para la burguesía significa una peor vida para nosotros, más allá de la conciencia o no que tengamos de ello. Nuestra existencia es contradictoria, somos quienes producimos y reproducimos este sistema día a día, pero también somos los únicos que podemos acabar con él, aboliendo así también nuestra condición de proletarios.

LOS SINDICATOS en su devastadora victoria contra los trabajadores quieren hacernos creer que sindicato y organización de los trabajadores son sinónimos, que no existe nada fuera del sindicato donde los explotados podamos agruparnos y luchar. Pero los sindicatos son una forma específica de (des)organización de los trabajadores, no sólo porque aspiran a representarnos, no sólo porque son máquinas burocráticas, sino también porque quieren seguir manteniendo una sociedad donde haya patrones y trabajadores, Estado y sindicatos. Pueden o no defender a los trabajadores particulares, pero lo que defienden violentamente es el rol que tenemos los trabajadores en esta sociedad, ellos van a luchar hasta el final para que sigamos siendo explotados hasta la muerte, para poder seguir negociando con nuestras vidas ante el político de turno, el empresario o el patrón. Para que sigamos generando ganancias para la burguesía mientras perdemos nuestras vidas tratando de “ganárnosla”.

Mientras exista el trabajo jamás habrá suficiente para todos, mientras exista salario jamás será suficiente para todos, mientras exista Estado habrá opresión y mientras exista el dinero habrá explotación. Y el sindicato no es una forma organizativa para destruir todo esto sino para mantenerlo intacto, calmando los odios, canalizando en reforma lo que podría comenzar a convertirse en una lucha revolucionaria.

Eso sí, si los trabajadores renunciamos a luchar, a la revolución, y sólo pretendemos “salvarnos” individualmente despreciando lo colectivo, unas cortas vacaciones en la playa, las cuotas para un auto nuevo o mayor “poder adquisitivo” para comprar las idioteces que nos venden, es en el sindicato donde tenemos un lugar para participar (o la ilusión de ello), así como unos representantes fieles a toda la mentalidad burguesa que pretende que los explotados piensen como sus explotadores, cuando en realidad viven de una manera completamente opuesta a la de ellos.

LOS PARTIDOS tiemblan ante la palabra revolución, han hecho de la reforma un orgullo. Ante la mentira generalizada de que, aún con sus penurias, este es el mejor de los mundos posibles y sólo queda mejorar-

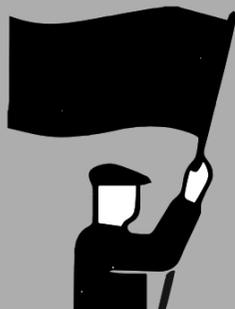
lo, los partidos políticos se erigen en los posibles mejoradores y sólo bastaría con elegir la mejor opción en cada circo electoral. Desde la socialdemocracia más o menos verborrágica hasta los partidos más reaccionarios coinciden en que la revolución no es necesaria, o quizás solo allí donde aún faltan las tareas democrático-burguesas o la imposición civilizatoria para así finalmente implantar su paraíso capitalista y democrático.

Para los revolucionarios, la cuestión del antiparlamentarismo no ha sido jamás una cuestión ideológica, de principios, sino una conclusión extraída de las experiencias concretas de la realidad. El parlamento, tal como los sindicatos, nunca fue otra cosa que un instrumento de dominación burguesa para mantener al proletariado a raya, atado a la lucha por migajas. No por casualidad son organizaciones que aunque se digan "de los trabajadores" conviven en ellas burgueses y proletarios, y ya sabemos siempre quienes son los que mandan e imponen su línea. Incluso aunque un grupo de explotados forme un partido político está usando las herramientas del enemigo de clase, hablando en su lenguaje y yendo hacia la derrota de nuestra clase; separando entre político y económico, entre lo particular y lo total. La revolución no es un acontecimiento político ¡es social! Destruyendo los encorsetamientos y las mutilaciones que separan nuestras vidas según las categorías de quienes nos dominan.

«El método parlamentario burgués de comportarse en política está estrechamente relacionado con el método burgués de comportarse en economía. El método es: comerciar y negociar. Así como el burgués comercia y negocia mercancías y valores en su vida y oficio, en el mercado y en la feria, en el banco y en la bolsa de valores, también en el parlamento comercia y negocia las sanciones legislativas y medios legales para el dinero y los valores materiales negociados. En el parlamento, los representantes de cada partido intentan extraer tanto como sea posible de la legislatura para sus clientes, su grupo de interés, su "firma". (...) El trabajo principal del parlamento, entonces, no es realizado ni siquiera en las grandes negociaciones parlamentarias, que son sólo una especie de espectáculo, sino en los comités que se reúnen privadamente y sin la máscara de la mentira convenida.» (Otto Rühle, De la Revolución burguesa a la Revolución proletaria. 1924)

* * *

**1° DE MAYO
ANTICAPITALISTA
INTERNACIONALISTA
REVOLUCIONARIO**



«Sin embargo, con el tiempo vamos aprendiendo que esas mismas actitudes mediocres y reformistas pueden también venir desde otras formas organizativas que no se presentan a sí mismas como partidos o sindicatos, y que incluso hasta pueden llegar a decir que las rechazan.

Es decir, se puede pedir al Estado que cumpla la ley que él mismo dicta y modifica a gusto, que se condene a sí mismo o que, siguiendo la vieja táctica de “el chivo expiatorio”, sacrifique algunos de sus miembros para dejar contento a un sector de la población. Aquello se puede convocar tanto desde rígidos mandatos partidistas como desde manifestaciones relativamente espontáneas, cantando solemnemente antiguos himnos (nacionalistas, peronistas, trotskistas, stalinistas) o bailando jovialmente, alegres y a puro color.

También se puede pedir a los capitalistas que sean más justos, que repartan un poquito de lo que tienen, sea inocentemente, desde la falta de posicionamiento o aparateados por unos “jefecitos”, sea organizados verticalmente o desde la ronda de la asamblea.»

(Basta de luchar por migajas. Boletín La Oveja Negra nro.24)

* * *

Hoy generalmente se habla de revolución cuando se habla de la historia en tiempo pasado, en los anuncios publicitarios de una nueva mercancía o en un nuevo descubrimiento científico. Toda la izquierda y los reformistas en general hablan de “cambio”, “transformación”, etc, etc... **Hablar de revolución social según la ideología dominante es anticuado, extremista, ridículo.** Porque es “anticuada” cualquier manera de pensarnos a través del hilo combativo de la historia, es “ridículo” salirse de sus dogmas de comportamiento y es “extremista” cualquiera que no sea un oportunista, quien tenga posiciones firmes e invariantes ante el monstruo capitalista.

Más a tono con esta época es hablar de “REVOLUCIÓN INTERIOR”. Se lo hace desde la auto-ayuda, desde los delirios místicos consumistas que se adquieren en el mercado para reprimir o al menos calmar el dolor que causa esta sociedad antisocial, e incluso en ciertos ámbitos rebeldes. Se habla de “revolución interior” en sintonía con los mandatos de la ideología dominante, es decir: ya no habría revolución social y lo único que queda es hacer pequeñas transformaciones personales para que no cambie nada, ya no habría comunidad por lo cual sólo quedaría abocarse a lo individual. No vamos a ser nosotros quienes desprecien la importancia de los pequeños cuestionamientos entre las personas que generan grandes acontecimientos, pero estos cuestionamientos, estas “tomas de conciencia” surgen de las condiciones materiales de existencia, del sentimiento común y comunitario con los demás, y no desde el repliegue individualista que ve en cada semejante un competidor si no directamen-

te un enemigo. **Nos oponemos, y vamos a denunciar cada vez que podamos que: no existen soluciones individuales a problemas sociales, que no existen soluciones particulares a problemas totales.** Y además remarcamos que en momentos de lucha, de insurrección, de organización proletaria, esos cambios personales se dan con más frecuencia, más intensos, más profundos... lo que hace evidente cómo las condiciones materiales de existencia modifican la conciencia, y no al revés. Es decir, no podemos pretender que todas las personas se “revolucionen” interiormente para, ahí sí, revolucionar el mundo; éstos son dos hechos indisociables, complementarios y simultáneos.

En nuestra época también existe otra manera de rechazar la noción de revolución y de ponerla además en un lugar completamente estúpido. Se trata de ese discurso moderno o posmoderno (ya ni sabemos) que dice que es una cosa ya pasada de moda, que se acabaron los grandes discursos, las grandes transformaciones, que ya no hay proletariado ni burguesía sino un sinfín de sujetos sociales, etc, etc, etc... Es un síntoma de estos tiempos y su justificación victoriosa. La única verdad sería que «ya no hay verdades» y su brutal certeza sería que «todo es relativo». Así nos proponen contemplar el mundo sin revolucionarlo, adaptarnos a él aunque tengamos algunas críticas y disgustos. En fin, otra vez nos proponen escoger una opción dentro de los asquerosos límites del sistema capitalista. Pero de lo que se trata es de hacer saltar por los aires el modo de producción capitalista para destruir toda opresión, toda explotación, toda competencia y todo condicionamiento económico. Desde los discursos políticos, la publicidad, la televisión o las conversaciones entre esclavos que sólo representan la voz del amo, nos muestran esta realidad como algo ajeno a nosotros mismos y por lo tanto inalterable. Así nos sentimos desdichados pero impotentes, enojados pero resignados, deprimidos y enfermos por el dinero, el trabajo, en fin... por el Capital. ¿Por qué condenarnos a esto? ¿Por qué condenar a toda la humanidad a esto?

La desobediencia a lo establecido, el cuestionamiento de la normalidad capitalista y sobre todo la lucha cuando es social y revolucionaria, nos recuerdan que hay otras posibilidades, que esta mierda que nos imponen no es la única forma de vivir.

Boletín La Oveja Negra

* * *

«Alguno pensará que “suena muy bien pero es irrealizable”, ¡lo que es irrealizable es modificar tímidamente un poquito del sistema! ¡lo que es irrealizable es una revolución parcial, meramente política, económica o cultural, que deje intactos los pilares donde se asienta todo este sistema capitalista!»

Toda tarea constructiva o positiva que no se base en la contraposición al dominio del Capital solo sirve para fortalecerlo, ¡No hay nada positivo a salvar! Los explotados no tenemos nada que gestionar, construir, ni proponer para que funcione mejor esta sociedad.

La tarea de los revolucionarios consiste en la negación de este sistema de muerte, con su trabajo, sus mercancías, sus jerarquías, su progreso, su ciencia, su familia, sus ideologías, sus religiones, todos sus muros, prisiones y hospitales,...

Este sistema en el que no puede existir otra comunidad que la del dinero, es totalitario, y por lo tanto ha de ser destruido totalmente. Lo único que es necesario afirmar es la comunidad de lucha para abolir este orden social y pelear contra todos los espejismos que nos proponen para salvarlo. Y esta comunidad únicamente se abre paso en la negación, en la ruptura, en la crítica, en la destrucción de todo lo que nos destruye. Es en esa inmensa tarea destructiva donde se halla el germen de la verdadera comunidad humana.

Boletín Voladura



Destrozamos los bancos porque reconocemos el dinero como causa central de nuestras penas, si rompemos las lunas de los escaparates no es porque la vida sea cara, sino porque la mercancía nos impide vivir a cualquier precio. Si atacamos a la escoria policial, no es sólo en venganza por nuestros compañeros muertos, sino porque entre este mundo y el que deseamos, siempre van a suponer un obstáculo.



Nacidos en la catástrofe, somos los hijos de una crisis global: política, social, económica y ecológica. Sabemos que este mundo es un callejón sin salida. Hay que estar loco para agarrarse a sus ruinas. ¡Hay que ser acertado para autoorganizarse!.



Amigos de Van der Lubbe

Desde Grecia: Llamado a una nueva internacional

Los patrones nos quieren

trabajando y trabajando para
exprimirnos la mayor
ganancia posible

Los sindicatos nos quieren

sumisos para negociar
con nuestras cabezas

El Estado nos quiere

reducidos a números en gráficos
hechos por imbéciles, así nos
reprimen y así nos ajustan

Los partidos nos quieren

votando en época de
elecciones y como carne
de cañón el resto del año

Las religiones nos quieren

arrodillados, siervos,
fieles, como tontos
que deben esperar
el cielo mientras
soportan la explotación
en la Tierra

¡Nosotros no queremos más!

Somos el proletariado, es decir:
los **explotados** y **oprimidos** de todo
el planeta. Quienes tenemos
que vender nuestro tiempo y
fuerza para vivir,
quienes no vivimos
de las demás personas.

**Nuestra existencia
se opone al Capital**,

porque a mayor ganancia
del capitalista
mayor es nuestro sufrimiento.

Así nos echan de la chamba,
nos acarrearán
de acá para allá, mandoneándonos,
comparándonos con cosas,
destruyéndonos en "accidentes
de trabajo".

Nos une el trabajo (lo tengamos
o no) y **la imposibilidad
de decidir sobre nuestras vidas**.

Pero también
nos une **ser lo que
se opone a las ganancias**.
Asumir ese rechazo nos
hace fuertes y, en muchas
ocasiones, en distintas
partes del mundo
hemos estallado de rabia:

ocupando las calles,
tomando lo que
nos niegan, **enfrentando
a los guardianes
de los ricos**, haciendo
huelga, sabotaje y
organizándonos
sin partidos ni sindicatos.

